

x-rite

colorchecker CLASSIC



mm

R-47996
Carpete num: 14

75
1016
200 25

ORACION FÚNEBRE

QUE
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
CELEBRADAS
EL 5 DE MARZO DE 1840

en el Santo Templo Metropolitano de
Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza
a virtud de acuerdo de su Excelentísimo
Ayuntamiento Constitucional

PRONUNCIÓ
el Señor Canónigo de la misma
DON MARIANO LAFUENTE,
para honrar la memoria de los que sacrificaron sus
vidas en la gloriosa jornada de igual día
y año 1838.

Se imprime y publica de orden de S. E.

ZARAGOZA:
Imprenta en el Coso núm. 116. =A cargo de Don M. Pei

HESPERIA
LIBRERIA ANTICUARIA
ZARAGOZA

A-1.387-8

~~24~~

[Handwritten signature]

HESPERIA
Libros Hispánicos
ZARAGOZA

A-1.387-8

R-47996

Carpete num: 14

75
1096

200 25

ORACION FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

EL 5 DE MARZO DE 1840

*en el Santo Templo Metropolitano de
Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza
á virtud de acuerdo de su Excelentísimo
Ayuntamiento Constitucional*

PRONUNCIÓ

el Señor Canónigo de la misma

DON MARIANO LAFUENTE,

*para honrar la memoria de los que sacrificaron sus
vidas en la gloriosa jornada de igual día
y año 1838.*

—•••—
Se imprime y publica de orden de S. E.

—•••—
ZARAGOZA:

Imprenta en el Coso núm. 116. =A cargo de Don M. Pei

HESPERIA
LIBRERIA ANTICUARIA
ZARAGOZA

ORACION FUNEBRE

QUE

EN LAS COLONIAS MEXICANAS

CELEBRADA

EL 8 DE MARZO DE 1838

por el Sr. Juan Manuel de
Pérez y M. del Río de
a cargo de la Academia de San Carlos

PROLOGO

de don Manuel de

DON MANUEL DE

que honra la memoria de los que sacrificaron sus
vidas en la gloriosa jornada de igual día

y año 1838.

Se imprimió y publicó de orden de S. M.

NARAGONA:

impreso en el Correo N.º 116 con cargo de Don M. Pérez



Itaque omnes communi consilio decreverunt, nullo modo, diem istum absque celebritate præterire (Machab. 2. Cap. 15. v. 36.)

Se determinó de comun acuerdo, que en la sucesion de los tiempos se celebre la memoria de aquel dia.

Se nos refiere en la Escritura santa, que Nicanor engreido con repetidas victorias, puesto al frente de un ejército formidable trató de sorprender á Judas Macabeo, y á toda su gente: pero, que este valeroso Capitan, confiado en los auxilios de su Dios, con un corto número de los suyos le hizo frente, y que de tal manera castigó su audacia, que le dejó muerto en el campo de batalla, arrolló, y puso en vergonzosa fuga á todo aquel ejército enemigo. Los habitantes de Jerusalem agradecidos á tan singular beneficio del Cielo, resolvieron de comun acuerdo, que en la sucesion de los tiempos se celebre la memoria de aquel dia. Tan natural es en los hombres querer perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos, como que llevados de un impulso de gratitud, procuran siempre transmitir á la posteridad las acciones de sus Héroes.

Por eso vemos, que el buril esculpe en el bronce las hazañas de los Guerreros: el genio de las artes les erige arcos, pirámides, y columnas: Roma eleva al Capitolio las estatuas de sus dignos Ciudadanos: Atenas ostenta en relieves las famosas jornadas

de Salamina, y Marathón: la poesía, y la elocuencia queriendo substituir despues unas señales mas nobles, y mas dignas del mérito, se esfuerzan en hacer mas sólidas, y mas durables las demostraciones de gratitud. Però todos estos monúmentos no tienen una firmeza capaz de contrarestar á la vicisitud de los tiempos, todos ellos quedan sepultados en las ruinas de los Imperios: la pompa de los elogios se desvanece como el humo, y los ejemplos mas sublimes de virtud encomendados á la fama por una mano de barro, quedan reducidos á unos escasos caractéres lugúbres, grabados en losas sepulcrales, envueltos entre escombros, ó hallados casualmente á impulso de la oscilacion de los tiempos.

Asi es, Señores, que una memoria la mas apreciable, el interesante recuerdo del mas puro, del mas sólido heroismo debe hallar en nuestro reconocimiento un garante mas seguro de su perpetuidad, *El cinco de Marzo de 1838*:: Este, este es el dia Señores, que sobre estar siempre grabado en nuestra memoria, debia eternizarse en los fastos, ó historia de las Naciones: este es el dia en que Zaragoza dió á todas las Ciudades del Mundo un ejemplo que imitar de la mas constante fidelidad, y del mas acendrado patriotismo: este es el dia en que los ínclitos moradores de esta Siempre Heróica Ciudad aseguraron para siempre el cuasi vacilante Trono de *Nuestra Inocente Reina*, las instituciones que nos rigen, y la Libertad de todos los Españoles.

Mas como la Religion sola es la que consagra á los Héroes, y la que sola es capaz de inmortalizarlos; por esto mismo el Excmo. Ayuntamiento de esta Siempre Heróica Ciudad, conducido por los mas nobles, y piadosos sentimientos ha querido celebrar la

memoria de este dia, tributando los debidos honores á los que murieron en su famosa jornada con este aparato fúnebre, el mas patético, é imponente de nuestra Religion Sacro-Santa. Pero no penseis, Señores, que yo intente aumentar vuestro dolor por la pérdida lamentable de los Héroes, que son el objeto de estos sufragios, ni que trate de oprimir de nuevo vuestro corazon con la melancólica pintura de las heridas, y demas desgracias, que acompañaron su muerte: no, no es este el fin por que he subido á este lugar santo: soy Ministro de J. C. y debo predicaros como él nos enseña, una santa conformidad con los decretos de su eterno Padre: soy tambien un ciudadano español, y paisano vuestro, y debo exhortaros á que no olvidéis en las desgracias públicas aquellas grandes virtudes, que formaron en todos tiempos el principal carácter de nuestros progenitores, la *fortaleza* y la *constancia* con que sabian resistir las calamidades de la guerra.

Sin embargo, no dejo de conocer, Señores, que la pérdida de las vidas sacrificadas en la famosa jornada del cinco de Marzo, os debe ser demasiado sensible para que con facilidad se os pueda consolar en ella: la triste viuda llora la muerte de su querido esposo, la desconsolada madre llora la muerte de su predilecto hijo, ese respetable anciano llora el apoyo de su vejez, esos pequeñuelos niños lloran la pérdida de un padre, que los alimentaba con el sudor de su rostro, ese otro jóven llora tambien la pérdida de su fiel amigo, y compañero: y en fin, Zaragoza llora la muerte de sus bravos, y valientes defensores. A pesar pues de lo acerbo de vuestro dolor, todos cuantos me escuchais, en la Religion hallareis vuestro consuelo, si quereis buscarlo.

Ella nos enseña, que siendo incomprendibles los

designios de la divina Providencia, debemos someter-
nos á sus decretos eternos, y adorarlos con sumision,
y reverencia. Sí, gran Dios! conocemos muy bien, que
correspondemos con ingratitud á vuestros beneficios,
y como que junto á vuestra misericordia debe res-
plandecer tambien vuestra divina justicia, ¡no debe-
mos estrañar el que sacrifiqueis algunas víctimas á
vuestro enojol:: ¡Pero tambien hubierais podido pri-
varnos del honor, y de la gloria, que con su sangre
nos han dejado!::: ¡Tambien hubierais podido entre-
gar esta Ciudad á la ferocidad y barbarie de los que
la invadieron!::: ¿Y qué fuera entonces, Señores, de
vuestras personas, de vuestros intereses, y aun de la
España toda? ¡Me estremezco en pensarlo solamente!
Mas no se llegó á ese extremo, porque el Señor qui-
so aun en medio del castigo hacer uso de su infinita
misericordia. La reconocemos, gran Dios, la recono-
cemos, y al paso que sentimos el azote de vuestra
divina justicia, adoramos con respeto la misma mano
que nos hiere.

Tales deben ser, Señores, nuestros sentimientos:
resignarnos con nuestro Dios, y consolarnos con saber
que la muerte de nuestros bravos, y valientes defen-
sores ha sido verdaderamente gloriosa, y digna de
ellos mismos. Nacionales, Militares, Hijos, y Habi-
tantes de Zaragoza, Emigrados, y cuantos tubisteis el
honor de pelear en la célebre jornada del cinco de
Marzo, este es el mayor elogio, que puede hacerse de
los Héroes, y el que sin disputa alguna corresponde
á vuestros compañeros difuntos. Pero ¡cuán vano se-
ría este elogio si no fuera consagrado por la Religion,
ó si al menos no tubiera en ella su apoyo! ¿Nos atre-
veriamos por ventura los Cristianos á llamar gloriosa
aquella muerte, que solamente proporcionase una es-

teril celebridad despues del sepulcro? Ah! No: la de nuestros valientes no ha sido como la de aquellos desgraciados infieles, que mueren sin poder tener la esperanza de resucitar en Jesu-Christo: ha sido gloriosa porque *han muerto cumpliendo con una obligacion impuesta por el mismo Dios*: ha sido gloriosa, porque al paso que los eleva á la clase de Héroes, y los hace en la tierra inmortales entre los hombres; los coloca tambien en la clase de Mártires de la Patria, circunstancia por la cual, *pensando piadosamente*, debemos creer, que tambien los hace eternamente dichosos en el Cielo.

Esto es lo que voy á demostraros, para enjugar vuestras lágrimas, y hacer los debidos honores á su memoria. Quiera Dios, que mis lábios no profieran una sola palabra, que no sea digna de mi ministerio, y del respeto debido á este lugar santo. Prestadme pues vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

Como la Religión cristiana no respira sino mansedumbre y dulzura en sus principios, y en sus máximas: como su primer fundamento en la caridad, la cual nos une estrechamente con todos los hombres del Mundo, y hace de todos nosotros un solo pueblo de hermanos; parecerá á primera vista contraria al ardor guerrero, y enemiga de aquella virtud militar, que adquiere su mayor brillo en medio de la carnicería y destrozo de la especie humana: pero no es así, Señores: la misma Religion que nos hace mirar á los estraños como hijos de un mismo Padre que es Dios, es la primera que pone en nues-

tras manos las armas cuando se trata de refrenar su altivez, ó contener su ambicion.

Y como por otra parte son tan limitadas las facultades del hombre, que no le es posible estenderse al socorro de todos sus prógimos; la misma caridad le prescribe, que se consagre particularmente al de aquellos con quienes se encuentra mas estrechamente ligado por los vínculos de la sangre, é intereses de la sociedad: ó lo que es lo mismo al socorro de la Patria, que le dió el ser, y á la cual es deudor no tanto de su subsistencia, cuanto de las comodidades y ventajas de que en ella goza. Por consiguiente, siempre que el hombre se ocupe en tan debido y honorífico ministerio, obedece á la Religion, y obra con arreglo á los principios de la caridad cristiana: y si para verificarlo fuese absolutamente preciso echar mano á las armas; si para librar á sus compatriotas de los insultos y tropelías de sus enemigos fuese necesario pelear contra ellos; entonces no solo obedece á la Religion, y obra segun la caridad; sino que puede llegar á ser un verdadero mártir de esta virtud.

Por esta razon sin duda en la Escritura Santa, se nos manda santificar la guerra, (1) y el mismo Dios de paz, que establece el amor universal entre los hombres, lejos de reprobare el arte de la guerra, se titula tambien Dios de los Ejércitos, y se ostenta muchas veces lleno de poder y de grandeza entre el estruendo de las armas: él dirige las conquistas de Abraham, de Josué, y de David; él aprueba las estratagemas, y ardides militares de Gedeon; conduce con magnificencia á la campaña á Judas Macabeo, y

(1) Paralip. 2. Cap. 17.

es representado por los Profetas como un Conquistador formidable, sentado en un carro de fuego, y rodeado de legiones encendidas. Presidiendo de esta manera á los combates, llama al Ciudadano, que yace como adormecido en el seno del placer, y le convida á que se aliste bajo los estandartes de la Patria amenazada: el eco de su divina voz destierra el pavor, y la timidez del corazon de aquel, que le crée, y obedece: él mismo se declara su Protector, y su Caudillo, pues deseando ver en él un soldado digno de militar bajo sus auspicios, le alienta de esta manera, como lo hizo en otro tiempo con sus predilectos hijos de Israel: *Mira, le dice, lo que te encargo: tèn espíritu, sé valiente, y me tendrás contigo* (1). Yo soy el Dios de tus Padres, y seré tambien compañero tuyo en las batallas: *jamás des entrada en tu corazon á la cobardía* (2) y aunque veas venir contra tí un enjambre de enemigos, no temas, porque yo estaré siempre á tu lado (3).

Ved aquí, Señores, el valor militar, y guerrero santificado por la Religion, y recomendado por el mismo Dios, autor de los hombres, y de las Sociedades: ¿y qué mas necesito yo para hacer en este Templo el elogio de nuestros Héroes difuntos? Si obedientes á los preceptos del Cielo llenaron plenamente los deberes de la obigacion mas árdua, y mas sagrada, hasta dar su propia vida en defensa de la Patria; ¿puede haber cosa mas justa, que el rendir-

(1) Ecce præcipio tibi: confortare, et esto robustus.... Ita ero tecum Jos. Cap. I.

(2) Nolli metuere, et nolli timere. Ib.

(3) Si exieris ad bellum contra hostes tuos, et videris equitatus, et currus... non timebis eos, quia Dominus Deus tecum test. Deut. 20.

les desde este sitio vuestras alabanzas? ¿Qué comparación puede haber entre este sacrificio, y el que pueda prestar cualquiera otro ciudadano? Perdonad, sábios, y justos Magistrados, que os consagrais día y noche con vuestras fatigas á conservar ileso el Código de nuestras Leyes: Labradores laboriosos que con vuestros sudores regais la tierra para obligarla á que nos alimente con sus frutos: Sacerdotes del Señor, que velais sobre los Altares, y con vuestras oraciones contribuis como Moyses (1) á nuestras victorias: Capitalistas, y ricos propietarios, que con vuestros intereses acudis á cubrir los cuantiosos gastos de la guerra; bien conocemos, que la Patria tiene necesidad de vosotros, y que diariamente recibe los mas oportunos socorros de vuestras luces, de vuestros afanes, de vuestras oraciones, y de vuestros intereses: pero permitid, que tributemos la primera ofrenda de nuestra gratitud á los que á costa de su sangre, y de sus vidas han sabido defender esas leyes, esas tierras, esos Altares, y esas propiedades.

Para prueba de esta verdad me veo precisado á presentar el cuadro, que Zaragoza ofrece en su famosa jornada del día cinco de Marzo: vedle aquí, aunque pintado muy sencillamente. El mas profundo silencio reinaba en esta Siempre Heróica Ciudad la noche del cuatro al cinco: los cuartos de ronda habian recorrido sus respectivos distritos sin advertir en ellos síntoma alguno, que indicase estar tan próximamente amenazada la tranquilidad pública: el fiel esposo dormía tranquilamente en el tálamo nupcial, el artesano, y el jornalero descansaban en su albergue para

(1) Cumque levaret Moyses manus vinebat Israel. Exod. 17, v. 11.

entregarse al siguiente dia á sus acostumbrados trabajos, y fatigas: en fin todos dormian dentro, cuando nuestros enemigos velaban fuera. Entre cuatro, y cinco de la mañana tres mil, y mas foragidos entran alevosamente por una de las puertas de esta Ciudad sin que persona alguna los advirtiese: se desparraman, y ocupan las principales Calles, y Plazas: asaltan, y roban algunas casas, en otras sorprehenden á este, ú otro Nacional; y cuando creen seguro su triunfo, hacen descargas de fusilería, victoreando al mismo tiempo con descompasadas voces á su quimérico Rey, y temerario Caudillo.

Dispiertan algunos de nuestros valientes al estampido aterrador de aquellas descargas, y conocen desde luego, que peligraba la Patria: posehidos de esta idea ya nada les detiene, ni las tinieblas de la noche, ni las lágrimas de sus esposas, y ancianos padres, ni los ayes lastimosos de sus tiernos hijos, nada absolutamente: echan mano de las armas, y salen de sus casas, resueltos á no volver á ellas hasta haber llenado cumplidamente sus deberes. La obscuridad de la noche, y la incertidumbre de lo que realmente pasaba obligan á nuestros valientes á caminar sin rumbo fijo por las calles: asi es que el uno da con un grupo de gente armada, que le parece ser de Nacionales, se incorpora con ellos, y sin poder hacer uso de sus armas queda hecho prisionero: el otro mas cauto conoce á los que le dicen pase adelante, pero retrocede, y va volando á dar aviso á sus compañeros de armas.

Amanece por fin el dia cinco, y á los primeros rayos de su luz se deja ver aquella multitud de monstruos, que llevaban en su semblante el espanto, el terror, y la muerte. En cualquiera otro pueblo,

que no fuese Zaragoza, se tendria quizá que sucumbir en aquel lance, implorando la clemencia de los invasores, si fuesen susceptibles de ella: ¡mas no sucedió así en una Ciudad, que abriga en su seno tantos Héroe, como moradores se cuentan en ella! Un fuego eléctrico se comunica por todos los corazones: el balbuciente niño, el trémulo anciano, la delicada doncella, la respetable matrona, todos se llenan de indignacion, y de corage, y todos se proponen morir antes que ser presa de sus enemigos: desde aquel momento cada casa es un alcázar, cada calle un campo de batalla, y cada pecho zaragozano una firme roca donde venia á estrellarse toda la arrogancia de los que poco antes se creian vencedores. Nacionales, Militares, Emigrados, todos acuden á donde está el peligro: no hay quien dirija las operaciones tan necesarias en tan críticas, y apuradas circunstancias, no hay quien mande, pero todos obedecen al patriótico impulso, que los domina.

Aquí, Señores, me reconozco cuasi turbado sin saber qué rumbo tomar en mi discurso::: ¡La idea del combate se me presenta con tanta confusion, como pudiera presentármeme el combate mismo! ¡Las proezas de nuestros valientes se suceden unas á otras sin darme mas lugar que para el asombro!::: ¡Vuela admirado mi espíritu de calle en calle, de plaza en plaza, y no ve sino prodigios, y portentos de valor! Pero ¿qué hombre mortal seria capaz de expresar solo de palabra lo que cada uno de nuestros defensores hizo en aquel dia? Mas yo, Señores, no he subido á este lugar santo para hacer elogios particulares, ni tampoco para ensalzar las hazañas de los que todavía viven, sino para alabar la muerte con que los difuntos, que son el objeto de estos sufra-

gios, glorificaron al Dios de los Ejércitos, y honraron á nuestra Patria en el arriesgado, y sangriento combate del dia cinco de Marzo.

¡Dia memorable! ¡Dia de llanto, y de dolor para algunas familias de esta Siempre Heróica Ciudad, pero de terror, y espanto para nuestros enemigos! ¡Tú estabas destinado para demostrar al Mundo, que aun permanece entre nosotros el genio fuerte, y belicoso de los antiguos Españoles! ¡Ven, ven á fijar en nuestra Nacion una época mas gloriosa todavia que la de los Viriatos, y Sertorios! ¡Ven para acreditar, que aun corre por nuestras venas la sangre de los Heredias, y Lanuzas! ¡Ven á decir á los extranjeros, que los Zaragozaños saben sacrificarse por su Inocente Reina, por su Libertad, por su Religion, y por sus Leyes Patrias! ¡Oh dia cinco de Marzo! ¡No salgas jamás de la memoria de nuestros Ciudadanos, ni de nuestros enemigos! ¡Tú excitarás siempre la emulacion en los unos, y el terror en los otros! ¡Nos harás reformar nuestras costumbres para no malograr el fruto de nuestros esfuerzos! ¡Tú serás considerado en adelante como un principio de una nueva prosperidad, y de una nueva gloria! Y vosotros, ¡O Jóvenes sábios! destinados á escribir la historia de los grandes acontecimientos, colocad esta jornada entre las mas famosas de nuestro siglo, y transmitid á la posteridad unas hazañas, que deben ser el asunto de la admiracion, y el modelo de la virtud militar en nuestros descendientes.

Mas veo, Señores, que me detengo demasiado en la pintura de este cuadro, cuando todavia nada he dicho: Nacionales, Militares, y cuantos tubisteis la honra de concurrir á tan gloriosa accion, vosotros direis mejor que yo, lo que hicisteis, y lo que pre-

senciásteis. Nos direis, que arrollásteis vigorosamente á los que pensaron sorprenderos, cuando dormiais, y que á no entregarse la mayor parte de ellos á la mas vergonzosa, y precipitada fuga, todos quedan dentro de estos muros ó muertos, ó prisioneros. ¡Provocadores insensatos! ¿pensabais sorprender á Zaragoza? ¿Podiais ignorar acaso que esta Ciudad ha sido invencible en todos tiempos? ¿Que ya por su valor la miraron con respeto los Romanos, los Godos, y Sarracenos? ¿Que su nombre solo escita la emulacion de todas las Ciudades de Europa? ¿Se os podia ocultar, que ante esos débiles muros vino á estrellarse todo aquel orgullo de las altaneras águilas francesas, y que en esos campos fueron sepultadas aquellas legiones vencedoras en Austerlic, Marengo y Jena? ¡Qué frenesí! ¡Qué delirio el vuestro! Así hallásteis vuestro sepulcro donde pensábais tremolar vuestros trofeos. Es verdad que el castigar vuestra osadía costó sangre, y algunas vidas; pero estas mismas vidas fueron sacrificadas en las Aras de la Patria, los valientes cuyas fueron pelearon con heroismo, y las exhalaron gloriosamente. Y si tambien es verdad, que la pérdida de tan preciosas vidas es el único dolor que aflige nuestro corazon en este fausto dia; es un dolor que no necesita de estímulo, sino de *consuelo*, el que os voy á proponer en muy breves razones.

SEGUNDA PARTE.

Solamente debo ocuparme ahora en enjugar vuestras lágrimas, procurando elevar vuestra imaginacion á los Cielos, para que quizá podais ver allí muy próximos á los Mártires de la Feé á los que acabais

de ver Héroes. ¿Muy próximos á los Mártires de la Feé os dije? Sí: porque ¿quién merece mejor esta proximidad á los Mártires de la Feé, que los Mártires de la Patria? ¿Tal es título con que debemos honrar á nuestros Héroes! Unos y otros han muerto por la Religion: los unos por defenderla, y los otros por obedecerla, ó mejor diré, unos y otros han muerto por defenderla y obedecerla: pues el que la defiende la obedece, y el que la obedece defendiendo á la Patria, defiende tambien en ella sus Templos, y sus Altares, sus Leyes, y sus Costumbres. ¡Religion Santa! ¡Cuán mal te tratan los hombres! ¡Si mal te esplican unos, mal tambien te entienden otros! ¡Que no me fuese permitido detenerme aquí para vindicarte de las atroces calumnias, que contra tí se vomitan, y de los horrendos atentados, que á tu nombre se cometen! ¿Pues qué? ¿No es, y ha sido siempre una de tus principales máximas dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César? ¿No te has acomodado siempre á cualquiera forma de Gobierno? ¿Te has ingerido jamás á formar leyes civiles? ¿No has mandado siempre á tus fieles respetarlas, y obedecerlas, cuando no fuesen contrarias al dógma, á la ley natural, y á las buenas costumbres, en cuyo caso ya dejan de ser leyes? ¿Para su propagacion usaste de otras armas, que la caridad, la paciencia, y el sufrimiento? ¿Tus verdaderos hijos se han rebelado jamás contra sus Reyes, ó Emperadores, por más crueles, y tiranos, que hayan sido? ¿No decia ya en su tiempo Tertuliano, que los Cristianos sabian morir pero no matar? (1). Esas sangrientas guerras llamadas de Reli-

(1) *Disciplina nostra est occidi, non occidere.* Tert. Apol. ad. J. S.

gion, con que tanto se ha querido afeár tu hermosura, han dejado de ser súscitadas, y promovidas por la ambicion de unos, ó falso zelo de otros? Disimuladme, Señores, esta digresion, y convengamos todos, en que á la Religion se atribuyen defectos que no tiene, y que á nombre suyo se cometen atentados, que la Religion misma altamente reprueba. Sigamos en nuestro asunto.

Trato de persuadiros que la muerte de nuestros defensores ha sido gloriosa, y que lejos de afligir vuestro corazon con su memoria, debe servir del mayor consuelo. Jesu-Christo tiene dicho, que *aquel, que diere su vida por él la recobrará::* (1) y que ninguno tiene mayor caridad, que aquel que diere su vida por sus amigos. (2) Ahora bien: nadie puede dudar, que nuestros difuntos han dado sus vidas por Dios, pues las han dado en cumplimiento de una obligacion impuesta por el mismo Dios: han acreditado asimismo estar posehidos de la mayor caridad, dando sus vidas por sus amigos, habiéndolas dado por la Patria, cuando en la tierra no hay, ni puede haber otro mayor amigo para el hombre, pues en ella tenemos nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos, nuestros intereses, nuestras leyes, nuestras costumbres, y nuestra Libertad. ¿Nuestra Libertad os dije? Si: pero no esa libertad sin freno, que pervierte las costumbres, pierde el respeto debido á las Autoridades civiles, y militares, y desprecia sin pudor alguno lo mas sagrado de nuestra Religion Sacrosanta: no esa Libertad fraticida con que el hombre

(1) Qui perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Math. XVI v. 25.

(2) Majorem hac dilectionem nemo habet, ut ánimam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV. v. 13.

quiere constituirse árbitro de si mismo en todas sus acciones, sin ley humana ni divina que le contenga: no Señores: porque esta Libertad nos conduciría indefectiblemente á la tiranía del mas fuerte, ó al lastimoso estado del hijo pródigo, que habiendo sacudido el suave yugo de la casa de su Padre, cuando se créé libre, se vé envuelto entre el torbellino de sus pasiones, que le arrastran á todos los vicios, y despues de haber disipado en ellos todas sus riquezas, viene por necesidad á ser esclavo de un extraño cruel, que le trata con la mayor dureza. Libertad sí, pero una Libertad regulada por la Ley, que consultando la dignidad del hombre constituido en sociedad, le pone á cubierto de la arbitrariedad, y despotismo de cualquiera otro hombre: esta Libertad es amiga de los hombres de bien, es amiga de la Religion, y es amiga de los Héroes que murieron por ella.

¿Cómo podemos dudar pues, que nuestros difuntos hayan dejado de recobrar sus vidas, habiéndolas dado por tan preciosos objetos? Si la caridad lava los pecados, si nó deja ir á las tinieblas; ¿dejará esta virtud de aprovechar para aquellos, que han acreditado tenerla hasta el estremo de dar sus propias vidas por nosotros? Una vida solamente puede pagarse con otra vida, y *pensando piadosamente* debemos suponer, que nuestros difuntos han recobrado la suya, gozando de su Dios, que es la misma *resurreccion, y vida*. ¡Qué recompensa esta, Señores, tan diferente de la que os ofrece el Mundo! Momentáneós honores, coronas, y laureles, que un débil soplo marchita, estátuas colosales que el temporal derriba, soberbios obeliscos, que la mano destructora del tiempo reduce á escombros; ¿qué sois vosotros compara-

dos con los bienes eternos? ¡Religion Santa! Ahora necesito mas que nunca de vuestro poderoso influjo: trasladad, si ser puede, á la imaginacion de mis oyentes el grandioso cuadro, que quizá forman nuestros defensores en el Cielo, para que unos se enciendan en amor á la Patria, otros se consuelen, y deseen todos la dicha incomparable de ser compañeros suyos en la Gloria.

Ea, desconsoladas viudas, enjugad vuestras lágrimas, porque ellas podrán influir en la timidez ó cobardía de nuestros jóvenes: las mugeres lacedemonias, despues de una accion de guerra muy semejante á la nuestra, se felicitaban mútuamente por haber perdido en ella á sus maridos; ¿con cuánta mas razon debéis hacerlo vosotras, que teneis los mas poderosos motivos para creer, que los vuestros han pasado á mejor vida? Acordaos de lo mucho que todos debemos á la Patria, y del honor, y de la gloria, que vuestros esposos os han dejado, habiendo muerto por ella. Imitad á las antiguas españolas, de quienes se nos dice, que si hablaban de la muerte de sus maridos era á los jóvenes, cuando partían para la guerra, á fin de entusiasmarlos, y excitarlos á su imitacion. Entonces vuestra constancia varonil será digna de presentarse por modelo á las demas mugeres del mundo, y contribuireis con vuestro ejemplo, asi como vuestros esposos han contribuido con su valor á hacer revivir los tiempos heróicos de la antigua España.

Cristianos, que me escuchais, no hay que derramar ya mas lágrimas por unos Ciudadanos, que *pensando piadosamente*, debemos suponer Bienaventurados: y si llorais, no sea por ellos, sino por la Patria que los ha perdido: pero ni aun por eso Señores: porque la Patria los recobrará en otros tantos,

y muchos mas, que deberán seguir su ejemplo: ¡Infeliz del Ciudadano que no arda en amor á la Patria en vista de unos modelos tan dignos de ser imitados! ¡Infeliz de aquel, que viendo á sus compatriotas sacrificarse de esta manera por la Causa pública, mire con indiferencia las quiebras de la Nacion, sin procurar por su parte remediarlas! La sangre de estas victimas clamará contra ellos al Cielo, que ya muy de antemano los tiene destinados como leños inútiles á un fuego perdurable.

Por lo que á nosotros toca, Excmo. Sr., procuremos todos desempeñar nuestras respectivas obligaciones, así como nuestros valientes defensores difuntos han desempeñado la suya: continuemos en honrar su memoria: tributemos á su heroismo las demostraciones mas puras de gratitud, y reconocimiento: miremos á sus viudas, y á sus huérfanos como cosa nuestra: y por si acaso con su muerte no han satisfecho plenamente por sus pecados, oremos tambien por ellos: y ya que han sacrificado sus vidas por nosotros, ofrezcamos por sus Almas el mejor de los sacrificios, para que labadas, y purificadas con la sangre del Cordero inmaculado=Requiescant in pace.



